

Francisco López Salamanca

Destino: el vellocino

Las aventuras de Jasón



Introducción de
Juan Pablo Heras

ACTO PRIMERO

ESCENA 1

(Al levantarse el telón, se muestra el CORO, situado al fondo, en la parte central de la escena. Estará constituido por dos grupos de seis u ocho personas vestidas con largas túnicas blancas que recitarán alternativamente los párrafos).

CORO.

GRUPO 1.

La memoria es la luz que ilumina el pretérito tiempo.
Con su lámpara, Mnemósine alumbró sus largos
[pasadizos.

GRUPO 2.

Gracias a ella es posible a veces desandar lo andado.
Reconocer los hilos delicados que entretejieron la
[vida.

GRUPO 1.

Los oscuros pretéritos espacios
teñidos por las luces inconcretas
con que se adorna la ilusión del mito
pueden traerse de nuevo hasta el presente
en las gráciles alas del recuerdo.

GRUPO 2.

La memoria resbala hacia el pasado.
Al tiempo del astuto Jasón, el argonauta;
al de Medea, la bella, la hechicera...

GRUPO 1.

Eros los unió con delicados lazos.
Pese a tener cubiertos los ojos con una venda,
los traspasó con sus agudas flechas.

GRUPO 2.

Con ayuda de Cronos,
el misterioso anciano que rige el tiempo,
tres oscuras hermanas, las tres Moiras,
Clotos, Láquesis y Átropos,
señalaron su rumbo y su destino.

GRUPO 1.

Clotos hiló en su aguzado huso
la hebra delicada de sus vidas.
Les dio forma de apretado ovillo.

GRUPO 2.

Sin embargo, la incansable Láquesis
se afanaba en devanarlo de inmediato.

GRUPO 1.

Mas su tiempo se escapó tan presuroso
como el agua en el cuenco de las manos.

GRUPO 2.

Para Jasón el intrépido y la bella Medea,
para el rey Pelias y su brillante corte,
para los cincuenta valientes argonautas,

la justificación de todos los esfuerzos
radicó en alcanzar una quimera:
la ilusión del vellocino de oro.

GRUPO 1.

Alentaban su afán con la codicia
de la aventura y del conocimiento.
Sin embargo, los tizó el hollín de la envidia,
la ambición de poder los volvió locos.

GRUPO 1.

Inflexible, Átropos, la mayor de las Moiras,
haciendo uso de sus afiladas tijeras,
cortó los hilos que anudaban la vida
de los mortales que fundaron el mito.

GRUPO 2.

Aunque la muerte pudo derrotarlos,
no lo logró el olvido.
Hoy aquí, con la magia del teatro,
acuden a la voz de la memoria.

(Cae el teloncillo que oculta al CORO).

ESCENA 2

(Luz a la zona derecha. Es el salón del trono de PELIAS, rey de Tesalia. Sentado en su sitial, destacado sobre una tarima, se encuentra el anciano monarca: barbudo, con larga cabellera. Viste rica túnica y un aparatoso manto. Ciñe sus sienes una gran corona, y en las manos sostiene una copa y un cetro. Está rodeado de sirvientes que le ofrecen bebidas y bandejas de frutas. Suena asimismo un arpa, que tañe dulcemente un músico.

Entra en escena CORREVEIDILO, el mensajero, que después de una exagerada reverencia, se acerca al rey para musitarle unas palabras al oído. Este, con el fin de favorecer la escucha, se aparta ostentadamente la cabellera de la oreja. La mímica de ambos actores permitirá dar expresividad a este mudo diálogo: gesto de sorpresa por parte del rey y rotundos ademanes afirmativos del criado. El diálogo concluye con un gesto de resignación de PELIAS. Luego, el criado sale. Al momento entra JASÓN, un chico joven, atlético, de aspecto jovial, vestido con una túnica corta y una cazadora sin mangas, de piel).

JASÓN. ¡Hola! ¡Qué pasa, tío!

PELIAS. ¡Jasón! ¿Eres tú?

JASÓN. ¡Por supuesto! ¿Quién habría de ser? ¿Conoces a otro Jasón que no sea tu sobrino?

PELIAS. ¡Hace tanto que no te veo...!

JASÓN. Más de cinco años. Acabo de regresar de un largo viaje que me llevó hasta los confines del mar occidental, allí donde dos inmensas columnas cierran el paso a la navegación. Un paso que, sin duda, espera ser abierto algún día.

PELIAS. ¿Y qué hay más allá de esas columnas?

JASÓN. Mucho más mar, el océano infinito. El reino del divino Poseidón es inconmensurable.

PELIAS. (*Aparte*). ¿Y por qué no te has quedado por allí, muchacho? (*A JASÓN, con evidente falsedad*). Querido sobrino, ¿qué te trae por aquí?

JASÓN. ¿Que qué me trae? ¿No te das cuenta, tito? (*PELIAS hace un gesto que manifiesta ignorancia*). Acabo de cumplir los dieciocho.

PELIAS. ¿Y...?

JASÓN. Con dieciocho ya soy mayor de edad.

PELIAS. ¿Y...?

JASÓN. Quiero... ocupar mi sitio, tío.

PELIAS. ¿Tu sitio? ¿Qué sitio? (*Inquieto*). A ver..., por favor, ¡que se calle esa música, que me estoy poniendo nervioso! ¿Me decías, Jasón?

JASÓN. Decía que, como tú sabes, mi padre, el rey Esón, te cedió ese trono cuando cumplí los doce

años para que lo conservases hasta que yo alcanzara la mayoría de edad.

PELIAS. (*Sin convicción*). ¿Y...?

JASÓN. Que ya la he alcanzado. Que la semana pasada apagué de un soplo las dieciocho velas de mi tarta de cumpleaños.

PELIAS. (*Irónico*). Y, naturalmente, habrá que cumplir la voluntad de mi hermano Esón.

JASÓN. ¡Eso mismo! ¡Quiero... lo mío!

PELIAS. Estoy de acuerdo.

JASÓN. Sabía que lo entenderías, tito.

PELIAS. ¿No lo voy a entender? Claro que...

JASÓN. ¿Qué?

PELIAS. Que ya comprobarás, cuando estés en el lugar que yo ahora ocupo, que la principal preocupación de un buen gobernante, un gobernante como los dioses mandan, es dejar el poder en las mejores manos.

JASÓN. Las mejores manos son las del príncipe heredero.

PELIAS. Es verdad. (*Se incorpora de su asiento y declama solemne*). Pero yo me refiero a manos expertas, manos duras, manos firmes, manos seguras, manos diestras..., ¡bueno, mano diestra y mano siniestra!, manos capaces tanto de acariciar como de dar un buen pellizco a quien se lo merezca... (*Risas y voces, como «¡fresco!», «¡aprovechado!», «¡manos largas!»...*).

JASÓN. Todo eso es verdad, tío, y yo procuraré que mis manos actúen sabiamente, como tú dices.

PELIAS. (*Que prosigue con su exaltada perorata*). También es preciso comprender que esto de sustituir a un rey por otro no es un juego de manos; que un cambio brusco no es nunca bueno. ¿Sabes lo que es una transición?

JASÓN. Pues...

PELIAS. Pues hagamos una transición tranquila, pausada, sin atropellos ni empujones, dando tiempo suficiente al heredero, que será rey algún día, a que se vaya acostumbrando a las duras, agotadoras, extenuantes, ímprobas, abrumadoras y casi siempre incomprendidas tareas y responsabilidades que exige el recto gobierno. (*Se desploma sobre el trono y extiende el brazo con la copa para que le sirvan*).

JASÓN. ¿Y entonces, tío?

PELIAS. Creo, querido, que todavía te falta una poca, por fortuna no demasiada, experiencia para ocupar con la dignidad exigida este incómodo sillón, por lo que, para llegar a ser el rey que el día de mañana regirá los destinos de Tesalia, he pensado que...

JASÓN. ¿Qué?

PELIAS. Que podrías...

JASÓN. ¿Qué?

PELIAS. Empezar un nuevo viaje. ¡Eso es! ¡Un viaje de aventuras! Este, en vez de hacia occidente, hacia Oriente. ¿Qué te parece? (*Sin dar tiempo a responder a JASÓN, que se ha quedado pensativo*). Veamos

qué cosas sería posible y necesario llevar a cabo en oriente... ¡Ah! ¡Ya está! Conseguir del rey Eetes que te entregue el preciado vellocino de oro.

JASÓN. ¿El vellocino?

PELIAS. Sí, el vellocino. Nada proporcionaría más gloria a un rey que ese valioso tejido. Mira mi capa. Es una prenda modestita, de tela corriente, una cosita mona pero barata. ¿Te imaginas a ti mismo luciendo como capa el mismísimo vellocino de oro? ¡Qué lujazo!

JASÓN. ¿Y dónde encuentro yo a ese rey Eetes, el del vellocino?

PELIAS. Eso te lo digo yo ahora mismo. Escucha: sales de Tesalia y, tranquilamente, diriges tu nave hacia la salida del sol. El barco te lo proporciono yo. Ni que decir tiene que puedes entender este viaje como un crucero de placer. Puedes detenerte en todos los sitios que te apetezca. (*En tono confidencial*). ¡Ejem! Ya te diré cuál es esa isla en que solo hay chicas.

JASÓN. ¿Solo chicas? ¿Estás seguro?

PELIAS. Completamente. Desde allí, después de varios días de navegación, arribarás a un lugar conocido como el estrecho de las Rocas Azules. Puede decirse que, una vez que hayas llegado a aquel punto, ya te encuentras en el buen camino. Atravesada esta última angostura, te encontrarás por fin surcando las oscuras aguas del Ponto.

JASÓN. ¿El peligroso Ponto? ¿El Ponto Euxino?

PELIAS. El mismo, aunque lo de peligroso son cuentos para asustar a los niños. Es mucho menos de lo que se dice y, para que lo sepas, tiene fin. No te perderás si navegas siempre de día y a la vista de la costa. Y, si no, con preguntar... En el extremo de su orilla oriental encontrarás el reino de Eetes, al que reclamarás el vellocino. Ten presente que esa prenda es nuestra y que le fue entregada por tu tatarabuelo por error.

JASÓN. No sé, no sé, tío. Acabo de llegar de un viaje y apenas tengo ganas de meterme en otro. Yo venía... a lo que venía.

PELIAS. ¡Ah, impaciente juventud que lo quiere todo, todo, todo...!, ¡y aprisa! ¡Ya llegará el día! ¡Todo tiene su momento! Deja que yo me ocupe; mandaré venir a Argos. Le encargaré, y fabricará para ti, el barco más moderno y veloz, el más seguro y cómodo jamás visto. Podrás llevar a tus amigos, y te aseguro que nunca olvidarás este viaje.

JASÓN. No era esa mi idea, la verdad.

PELIAS. ¡Muchacho! ¡No lo dudes! ¡Ay, si yo tuviera tu edad...! Recuperar esa valiosísima pieza no solo sería una gloria para nuestro queridísimo país, sino la empresa más adecuada y triunfal de todas las posibles para un príncipe. Creo que con nada mejor se puede iniciar un reinado; es la acción digna de alguien que pretende ocupar un trono.

JASÓN. Me has convencido, tío. ¡Sí! ¡Lo haré! ¡Traeré el
vellocino a Tesalia! ¡Dime cuándo estará terminado
ese barco magnífico, que ya estoy impaciente por
zarpar!